

EL IMPACTO DE LA INMIGRACIÓN: VERDADES Y MITOS EN EL DEBATE DE NUESTRO TIEMPO

por Ana Zarzalejos Vicens

¿Es la inmigración el tema de nuestro tiempo? Su predominancia en los debates electorales y el auge de los partidos con un discurso marcadamente antiinmigración parecen sugerir que es así. Por eso es importante analizar los datos con rigor y no dejarse engañar por simplificaciones en una u otra dirección.

El debate sobre la inmigración es complejo porque en él se mezclan cuestiones económicas, culturales, sociales y éticas. En su libro *Los mitos de la inmigración: 22 falsos mantras sobre el tema que más divide*, Hein de Haas, catedrático de sociología en la Universidad de Amsterdam, se apoya en sus más de treinta años de investigación para desmontar mitos, tanto en el discurso proinmigración (“la inmigración beneficia a todas las clases sociales” o “revierte el envejecimiento demográfico”) como antiinmigración (“los inmigrantes no se integran”, “gastan más recursos de los que aportan”, o “hay una relación directa entre inmigración y delincuencia”).

En su análisis, el catedrático consigue aclarar algunos de los puntos más controvertidos del fenómeno de la migración sin

rehuir sus complejidades. Solo así se podrán diseñar políticas realistas.

El problema de los datos

Un primer problema para dimensionar los efectos reales de la inmigración es que los datos no están claros.

La principal distorsión se da en quién es el inmigrante irregular, probablemente la figura más controvertida en el debate migratorio. En esto, De Haas insiste en lo que otros expertos ya han explicado: el migrante ilegal más habitual no es el que salta la valla o entra en patera, sino el que accede al país de manera legal con un visado o un permiso que, al expirar, lo deja en una situación que se conoce como “irregularidad sobrevenida”.

Por un lado, denuncia De Haas, algunas ONG y organizaciones

internacionales inflan las cifras para dar más dramatismo a la situación, cuando el crecimiento en número de inmigrantes puede deberse, por ejemplo, a un cambio de criterio en la recogida de datos.

Por otro, los datos no siempre aparecen debidamente contextualizados. Por ejemplo, al medir la tasa de criminalidad entre los inmigrantes no se suele tener en cuenta que el grueso de esta población son hombres jóvenes (que de por sí cometen más delitos). Lo mismo se puede decir respecto a factores como el nivel de estudios o de ingresos.

“Para obtener conclusiones precisas y útiles desde el punto de vista de la política económica, es imprescindible comparar a inmigrantes y nativos que compartan características demográficas y ocupen puestos de trabajo similares”, señala también la

investigadora Raquel Carrasco en el informe *Algunas reflexiones sobre el fenómeno de la inmigración en España: Percepción social versus efectos reales*, publicado por la Universidad Carlos III y FEDEA (Fundación de Estudios de Economía Aplicada).

Impacto económico en el país de destino

En su libro, De Haas deja claras dos cosas: los migrantes se mueven por trabajo y los países occidentales necesitan mano de obra extranjera. Especialmente, para una serie de empleos que los nacionales rechazan: “Los migrantes, por lo general, desempeñan tareas que los trabajadores nativos ya no pueden o no están dispuestos a realizar”. Así pues, lo de que la inmigración “roba” el trabajo a la población nativa es bastante matizable.

De hecho, el sociólogo relata que los programas para contratar personal autóctono, como por ejemplo el que Reino Unido puso en marcha en 2003 para ayudar a desempleados a encontrar trabajos en el sector de la horticultura, priorizándolos por encima de los trabajadores migrantes, han sido un fracaso.

Por otro lado, la idea de que los migrantes roban trabajos se apoya en la errónea presunción de que la demanda de mano de obra es fija e independiente de la migración. Por el contrario, De Haas explica que cuando los inmigrantes cubren determinados empleos, eso hace crecer los negocios y puede estimular la contratación.

En sentido general, tampoco es cierto que los inmigrantes tiendan a reducir los salarios y

Algunos de los datos que sustentan los discursos proinmigración y antiinmigración están incompletos o descontextualizados

el número de horas trabajadas del resto de la población, aunque sí en algunos segmentos concretos —como los trabajadores más jóvenes, otros inmigrantes ilegales llegados con anterioridad o nacionales con bajo nivel de estudios—, puesto que estos grupos tienden a trabajar en los mismos sectores que los recién llegados. Así lo recoge un informe publicado en 2017 por la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos (NAS), que resumía un gran corpus de evidencia sobre el impacto económico de la migración en Estados Unidos.

En conjunto, la evidencia señala que la inmigración no conlleva una disminución salarial para la mayoría de los trabajadores, pero sí para el diez por ciento de asalariados que se encuentran en la zona más baja de la tabla.

¿Los inmigrantes “chupan del bote”?

En cuanto a las consecuencias en el sistema de bienestar, se tiende a pensar que los inmigrantes tienen acceso a ayudas preferenciales costeadas con los impuestos de los nativos.

“Si hablamos, por ejemplo, del acceso a prestaciones por

desempleo, los inmigrantes tienen una menor probabilidad de recibir estas ayudas en comparación con los nativos, debido principalmente a su menor antigüedad en el país y, por ende, a su falta de contribuciones al sistema de seguridad social”, señala el informe de Raquel Carrasco.

En el caso concreto de los inmigrantes ilegales, son el grupo social que menos probabilidades tiene de hacer uso de ningún tipo de prestación y servicio público. En primer lugar, porque no tienen acceso a las prestaciones debido a su estatus irregular. En segundo lugar, porque el miedo a la deportación les mantiene alejados de cualquier sistema, tanto sanitario como policial, que pudiera detectarlos.

En cuanto a la aportación de los migrantes a las arcas públicas, un estudio llevado a cabo por los economistas Christian Dustmann y Tommaso Frattini sobre el impacto fiscal de la migración en Reino Unido constató que, en el caso de los inmigrantes llegados desde el año 2000, este fue positivo, tanto en el caso de los trabajadores más cualificados como en los de menor cualificación, y que los migrantes del este y del centro de Europa pagan más impuestos que beneficios utilizan.

Como dice De Haas, “lo irónico del caso es que la categoría de migrante más vilipendiada de todas —la del migrante ilegal— tiende a ser la mayor contribuyente neta de los Estados”.

¿Se integran o se segregan?

Los números no son todo y, mucho menos, las cifras macro. Lo que ocurre a nivel local en materia de convivencia social y de

impacto cultural es igual de importante cuando hablamos de migración.

Ante la crítica de que los inmigrantes no se integran, De Haas subraya que “los problemas iniciales suelen ser transitorios, pues las evidencias muestran que la mayoría de los inmigrantes han mostrado un éxito notable a la hora de salir adelante por sus propios medios al cabo de una o dos generaciones, a través de la educación y del trabajo duro. Cuando se observa el rendimiento de los hijos y los nietos de los inmigrantes en cuanto a dominio de la lengua, educación, empleo e ingresos, los progresos han sido impresionantes”.

Sin embargo, De Haas advierte de que este proceso no ocurre de manera espontánea: la clave es el empleo, la educación y la vivienda. Y no hay nada que funcione como mayor incentivo a la integración que la posibilidad de obtener la ciudadanía: la evidencia demuestra

La integración de los inmigrantes es, en general, exitosa, y la posibilidad de obtener la ciudadanía es el mejor incentivo

que cuando esto está en el horizonte, la integración es mucho más rápida.

En contrapartida, lo más peligroso es el limbo legal. Mantener a un inmigrante o solicitante de asilo en una situación administrativa que le impida trabajar es un gran factor de riesgo.

Otra percepción es que la inmigración resulta en segregación, pero, de nuevo, los datos de De Haas señalan que, aunque hay

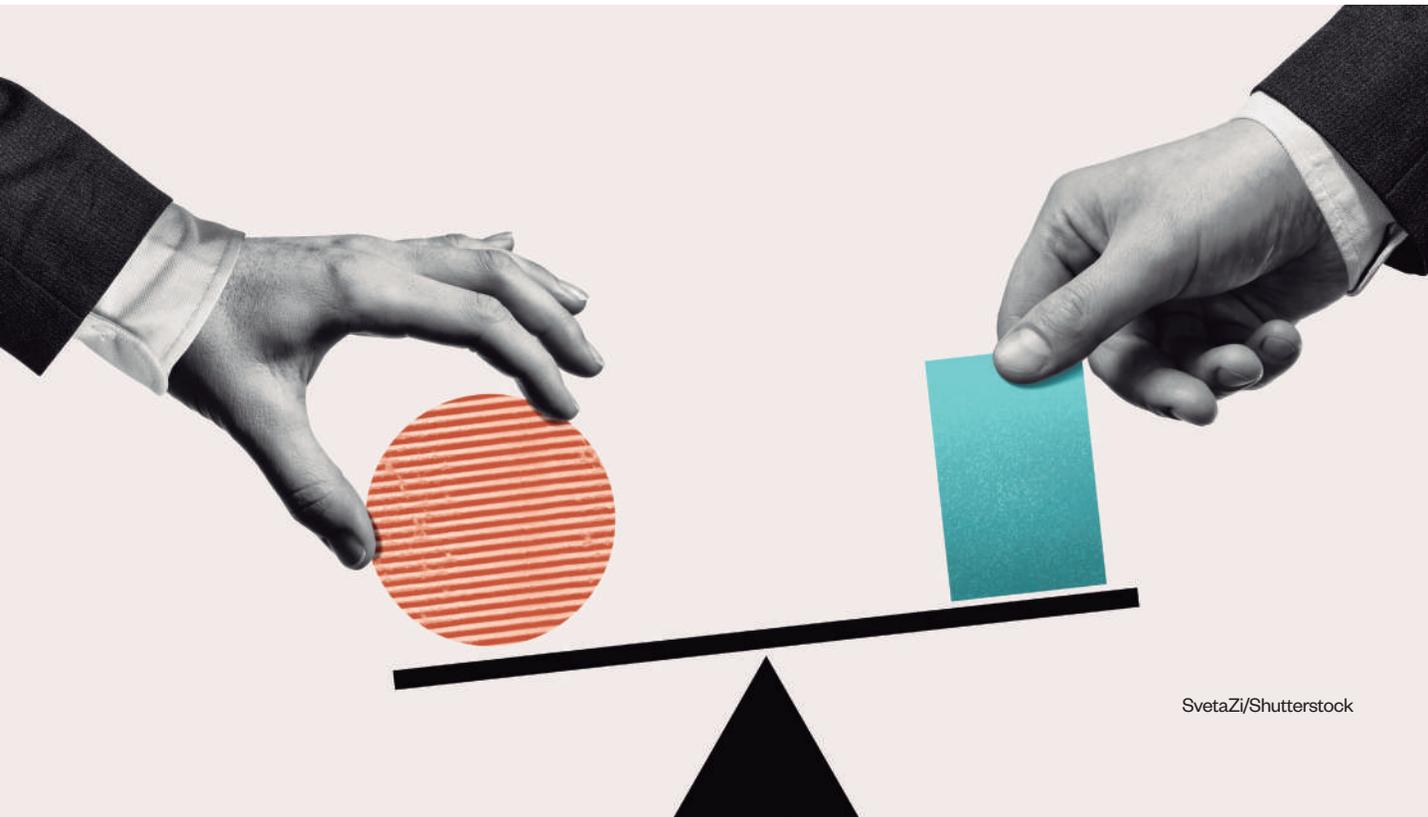
excepciones, el nivel de segregación no es alarmante.

Además, tiene más que ver con una mala política de urbanismo que construye zonas de viviendas de baja calidad en áreas alejadas del centro y sin posibilidades de vida comunitaria adonde los autóctonos no querrían ir a vivir.

Inmigración y delincuencia

Todo lo anterior es relevante para la cuestión más delicada cuando se trata de migración: ¿aumentan los inmigrantes la criminalidad?

“Según las estadísticas de condenados por delito, el 74% de los condenados corresponde a ciudadanos nativos y el 26% a inmigrantes. Al considerar el tamaño poblacional de ambos grupos, la tasa de condenados entre inmigrantes es significativamente mayor, casi duplicando la de los nativos”, señala el informe de Raquel Carrasco.



De Haas señala que, efectivamente, algunos grupos de migrantes están sobrerrepresentados en las estadísticas sobre delincuencia, pero señala que la recogida de los datos es vital para comprender bien por qué ocurre esto. El fenómeno, según el sociólogo, tiene más que ver con la marginalidad que con la nacionalidad.

Como también explica el informe de Raquel Carrasco, “en definitiva, la evidencia sugiere que, aunque las tasas de criminalidad son relativamente más altas entre los inmigrantes en comparación con los nativos, este fenómeno puede explicarse en gran medida por factores sociodemográficos y contextuales. Más que un vínculo directo entre inmigración y delincuencia, los datos reflejan la importancia de abordar los factores subyacentes, como la integración, el acceso a oportunidades económicas y la eliminación de barreras estructurales”.

Las segundas generaciones, más problemáticas

Sin embargo, el panorama cambia cuando se trata de las segundas generaciones, reconoce De Haas: “Mientras que la primera generación de migrantes se ve menos implicada en la comisión de delitos violentos, la imagen varía si nos fijamos en la segunda generación”.

Esto se produce por lo que los sociólogos Min Zhou y Alejandro Portes han denominado “asimilación descendiente”, que afecta principalmente a los hijos de trabajadores migrantes poco cualificados que no consiguen progresar por una mezcla de discriminación, pobreza y segregación. Esto genera una subcultura de jóvenes conflictivos que

La población inmigrante tiene una tasa de criminalidad mayor, pero factores como el sexo, la edad o el estatus económico y educativo mitigan esta relación

intentan hacer carrera alternativa en el mundo delictivo o se entregan al fundamentalismo religioso.

Quizá el mejor ejemplo de qué pasa cuando todo se plantea de manera incorrecta es Suecia, cuyos políticos han copado titulares por lamentarse de haber permitido una política laxa en materia de migración.

Ardavan Khoshnood, investigador en criminología de la Universidad de Lund, señala que “hay una conexión entre la inmigración y la violencia de las pandillas, y la relación es que muchos de los miembros son nacidos en Suecia de padres inmigrantes”.

Teniendo en cuenta este contexto, De Haas es cuidadoso a la hora de sopesar si la inmigración es beneficiosa para todos. Su respuesta es que no, porque, económicamente, son solo las élites las que se benefician de la mano de obra barata.

En cambio, las clases media y baja, que conviven a diario con la realidad de la migración, son las que sufren el impacto sin ver los beneficios directos a corto plazo, y las que, cuando surgen tensiones, se sienten abandonadas por la clase política.

“Centrarse solamente en los efectos económicos de la inmigración puede llevar a pasar por alto que esta puede resultar

especialmente perturbadora en los estilos de vida locales que ya existen. Y mucho más porque las élites casi nunca viven en los mismos barrios ni trabajan en los mismos lugares que los trabajadores migrantes poco cualificados”, advierte el investigador.

Las políticas orientadas a disminuir la polarización y a establecer espacios de convivencia comunitarios, como los colegios, se han demostrado especialmente efectivas. Sobre todo, cuando se realizan con las segundas y terceras generaciones durante la infancia.

El papel de los políticos

En definitiva, como señalan varios estudios de la OCDE, para que la inmigración tenga un impacto duradero y positivo debe estar acompañada de políticas de integración adecuadas, que permitan a los inmigrantes acceder a empleos de calidad y contribuir plenamente al desarrollo económico y social de su país de acogida.

Los políticos deben dejar de lado las consignas falsas y centrarse en las medidas que funcionan, como el establecimiento de canales legales de entrada al país para ocupar puestos de empleo o programas de formación.

Decir que no necesitamos mano de obra o que los inmigrantes roban salarios y erosionan el sistema de bienestar no está sustentado en datos. Por otro lado, anunciar más dureza en la frontera o asegurar que la inmigración no produce tensiones en la convivencia es no entender del todo cómo funciona realmente el fenómeno migratorio y descargar la responsabilidad en quien no la tiene. ■